



RAFAEL TRELLES
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

LA TABLA DE LA VIRGEN

Fecha de recepción: 17 de enero de 2023

Fecha de aceptación: 10 de febrero de 2023

Como un inmenso animal dormido, el viejo templo lo recibía. Cuando cruzó el pórtico de piedra encalada una intensa emoción lo estremeció. Adentro lo esperaba el ícono de su obsesión. En esas tardes dieciochescas, el sol que entraba por los ventanales iluminaba la antigua tabla de la *Virgen de Belén*. Los haces de luz se espesaban en el denso aire, envolviendo la imagen con un velo ambarino. Arrodiado ante la Virgen se sentía elegido, seguro de que solo él apreciaba el regalo divino que el sol vespertino ofrecía. Su deseo más intenso era poder pintarla con la mayor precisión de que fuera capaz; ese sería el instante más feliz de su vida. Las copias al óleo que había visto no lograban captar la ternura en la mirada de la Virgen, el amor inocente que los ojos del santo niño le devuelven, los delicados gestos de las manos, la cálida redondez del seno inmaculado y el feliz roce de los labios infantiles sobre el pezón expuesto de la madre. Aunque era el joven pintor más diestro del gremio familiar de los Campeche, no se atrevía solicitar el permiso de las autoridades eclesiásticas.

Sumido en ese estado de embeleso, no se percató del sacerdote que lo observaba a poca distancia.



Desde la ventanilla ovalada del avión, la isla le pareció más urbanizada de lo esperado. La idea del viaje fue de su esposa. Mucho se había resistido por razones profesionales, pero al final decidió complacerla y distraerse unos días en ese país caribeño que tanto le atraía a su pareja. Después de todo, le vendría bien descansar y desconectarse de su estresante trabajo. Comprar y vender obras de arte antiguas era su mayor pasión, pero también la fuente de sus mayores disgustos. —*El mercado del arte es un mar infestado de tiburones*— solía advertirle su cónyuge con sorna. Justo antes de aterrizar, el sol oblicuo de la tarde iluminó la guía turística que hojeaba con desinterés. La fotografía de una iglesia de fachada blanca y austera le llamó la atención. Quizá tendría tiempo de visitarla, pensó.



Siempre que podía, desviaba su ruta de viandante impenitente para visitar la iglesia San José. Se detuvo a contemplar la fachada blanca y adusta que resplandecía con el sol. Con mirada experta de historiador del arte, escudriñó el rústico pórtico enmarcado con pilastras, la ventana del coro con su baranda de madera, el vano cuadrilobulado que sirve de punto focal y, arriba, contra el cielo azul, la pequeña cruz coronando el tímpano arqueado en la cima del edificio. Entró al templo con reverencia agnóstica, admiró las bóvedas góticas de crucería y continuó su recorrido hasta el presbiterio. El magnífico retablo de madera dorada siempre le robaba el aliento a pesar de que no era comparable, en tamaño y complejidad, con los que había visto en las grandes catedrales



latinoamericanas y europeas. Sin embargo, su rincón preferido era la modesta capilla que acogía a la *Virgen de Belén*, también conocida como *Virgen de la leche*. No podía entender cómo aquella hermosa tabla del siglo XV, atribuida a un seguidor de Roger van der Weyden, estaba allí tan expuesta al clima tropical, a merced del salitre, el calor y la humedad. Algún día —se decía con poco convencimiento— vencería sus escrúpulos y salvaría aquella joya de la indolencia de la Iglesia y la sociedad colonial.

La pregunta del presbítero lo tomó por sorpresa. El balbuceo que ensayó como contestación inquietó al religioso, que tan solo deseaba saber por qué eran tan asiduas sus visitas a la Virgen. —*¿Acaso el joven pintor tiene algún problema que requiera la intercesión de nuestra Santa Madre?*— volvió a preguntar con cierta impaciencia. —*No es eso, verá usted,*— respondió el mozo con voz temblorosa— *el deseo más grande que guardo en mi corazón es que el obispo me haga la merced de autorizarme a pintar una copia de la divina tabla.* Luego de un breve silencio, el clérigo sonrió. —*Eso va a ser difícil, su Excelencia Reverendísima está muy ocupado... mas si consigues una petición firmada por tu padre, quizá le preste alguna atención. Yo mismo puedo entregársela, si encuentro el momento adecuado.*



El taxi dejó a la pareja en la Plaza de Colón, justo en la entrada de la vieja ciudad amurallada. La perspectiva de las calles con sus edificios coloniales de mampostería, balcones de madera y adoquines azules lo cautivó; no esperaba encontrar en una pequeña isla del Caribe algo más que hoteles, playas y campos de golf. Su esposa lo miraba sonriente. —*Te dije que te iba a gustar, quizá hasta encuentres alguna antigüedad que te interese comprar, quién sabe.* Luego de un largo recorrido por callejuelas que desembocaban en hermosas vistas marinas, vieron una iglesia en la zona más alta del pueblo que les resultó familiar. La buscaron en las páginas de la guía turística: *iglesia conventual San José, antiguamente iglesia de Santo Tomás de Aquino, segundo templo más antiguo de las Américas,* leía el calce de la foto.

Quedaron momentáneamente ciegos cuando entraron en la oscuridad del templo. El interior les pareció más interesante que la fachada, la planta de cruz latina tenía un

encanto provincial. Mientras ella contemplaba las bóvedas góticas, él caminó lentamente hacia el altar, donde una anciana limpiaba el piso sin reparar en su presencia. El retablo barroco contrastaba con la sencillez del entorno. Sin duda, en la isla hubo buenos talladores y doradores. En lo alto, las telarañas brillaban sobre el claroscuro de la bóveda nervada. Se dio la vuelta y entró en una capilla que exhibía una pequeña tabla votiva. Se detuvo desconcertado, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. ¿Qué diablos hacía allí una magnífica madona de la escuela flamenca? Tenía que ser una copia. Miró hacia todos lados para asegurarse de que nadie lo veía, entonces se aproximó con cautela y examinó la pieza en detalle. Luego estiró la mano y tocó una esquina del marco, que se columpió levemente. La obra es un original —concluyó para sí— parece salida del taller de Van der Weyden o quizás de Dirk Bouts... y no está fijada en la pared.



Los tipos metálicos de la máquina de escribir martillaban las letras sobre el delgado papel: *En 1647, el canónigo Diego Torres Vargas afirmó en su célebre crónica que la pequeña tabla de la Virgen de Belén estuvo más de cien años en el convento de Predicadores.* Interrumpió la redacción de la monografía para buscar un vaso de agua. Llevaba varias noches sin dormir bien; con el paso de los años, el ícono mariano se había convertido en una fijación que lo perseguía hasta en sueños. Soñaba que escapaba de la iglesia en la noche con la pintura envuelta en un lienzo. Entonces despertaba aterrorizado y empapado en sudor. Desde que comenzó a planificar el robo, o mejor dicho, el salvamento, lo asaltaban esas pesadillas. No tenía otra opción, había escrito cartas al Arzobispado de San Juan, al Instituto de Cultura Puerto-

rriqueña y a la Fortaleza sin lograr que se ocuparan de la adecuada conservación de la pintura. La pieza necesitaba con urgencia una limpieza profunda de polvo, salitre y hollín. Si las instituciones faltaban a su deber, él, con su preparación en historia del arte y restauración, era la persona idónea para hacerse cargo de la tarea.

El plan era sencillo, se ocultaría detrás de unas viejas cortinas y esperaría a que cerraran el templo; en la madrugada sería fácil salir con la pintura sin ser visto.



Tomás Campeche escuchó con atención la petición de su hijo. Aunque el joven José era el terciogénito de sus vástagos, se había destacado por su talento artístico, dominaba los principios de la pintura de García Hidalgo y había dibujado a la perfección las planchas de anatomía de Palomino. No cabía duda de que estaba listo para el intento de copiar la *Virgen de Belén*, aunque sería la primera vez que el muchacho recrearía una pintura de esa envergadura, una auténtica tabla milagrosa, depositaria de la gracia de Dios. —*Si estás dispuesto a prepararte espiritualmente para la tarea, escribiré la carta al obispo. Deberás confesarte, además de ayunar y orar durante los tres días previos a la sagrada encomienda. Sabes que no puedes defraudar al prelado, la copia deberá ser excelsa.*



El inesperado descubrimiento de la tabla flamenca exaltó su ánimo. Le pareció un golpe de suerte encontrarla en esa vieja y solitaria iglesia colonial, tan accesible y sin ninguna medida de seguridad. Esta pobre gente no tenía idea de lo valiosa que era esa pequeña pintura. No tuvo que cavilar mucho para diseñar una estrategia. Esa misma noche le anunció

a su pareja: *Mañana me dedicaré a explorar los anticuarios de la ciudad, aprovecha nuestro último día de vacaciones como desees.*



Era el día esperado. Decidió vestir de modo diferente, usar gorra y afeitarse la barba. Junto a unas pocas herramientas, llevaba guantes, agua y un bolso de lona dentro de una pequeña mochila. Como era su costumbre, se detuvo a contemplar la sobria fachada, pero esta vez por poco tiempo, no quería encontrarse con algún conocido. Dio un recorrido por cada una de las capillas; cuando vio la tabla de la Virgen se sintió inspirado, orgulloso de lo que se proponía. Era la primera vez en su tranquila vida de académico que violaría la ley, arriesgando su libertad y prestigio profesional, pero estaba convencido de que era un deber moral.

Se instaló en un banco y contó las personas que a esa hora de la tarde estaban en el templo. Eran apenas cuatro —doña Carmen, la anciana beata que ayudaba a limpiar la iglesia, y tres turistas: una pareja obesa, muy quemada por el sol, y un caballero elegante—. Le llamó la atención la pinta de ese hombre con maletín, gafas, y sombrero ladeado que caminaba por la iglesia con parsimonia, observando cada detalle. Por un instante cruzaron miradas y se sintió descubierta. Hundido en el banco, se obligó a respirar hondo. *Cálmate, estás paranoico, nadie sabe de tu plan, es solo un turista más,* pensó al cabo de unos minutos.

Llegó la hora de ocultarse —comprobó en su reloj— pronto vendría sor Josefa para cerrar el edificio hasta el día siguiente.



El obispo había dispuesto que la copia de la sagrada tabla se pintara lejos de la mirada del público. Durante las mañanas, la obra se instalaría en el convento, en el mismo salón en donde había sido venerada por más de un siglo, allí el joven pintor tendría la privacidad y la luz necesarias para cumplir con su tarea. Al mediodía, el ícono regresaría a su capilla a tiempo para la celebración de la liturgia vespéral. José Campeche entró con la cabeza inclinada al improvisado estudio de pintura y de inmediato se arrodilló ante la *Virgen de Belén*, que presidía la sala sobre un pequeño altar con dos candelabros de plata.

Luego de encomendarse a la voluntad divina, ensambló su caballete con cuidado, evitando hacer ruido, y dispuso sus pinceles, pigmentos y solventes sobre una mesa. Desembaló la tabla de caoba que con tanta devoción había preparado y la colocó en posición vertical. Enderezó el torso, elevó la cabeza, respiró con profundidad. Dirigió su vista hacia la tabla de la Virgen y comenzó a mirarla con ojos de pintor. Allí estaba la composición piramidal que tantas veces había analizado, atravesada por diagonales que organizaban el rítmico contrapeso de las formas: la inclinación de la cabeza virginal, el seno en ángulo con el eje del cuerpecito infantil, el entrecruce ascendente de las cuatro manos.

Escogió un pincel y evaluó la forma de sus cerdas a contraluz. Entonces preparó una tinta aceitosa color sepia y comenzó a trazar su dibujo. Estaba cumpliendo su más caro deseo —pensó, temeroso de estar incurriendo en una gran herejía— pintaría su rostro y su rosado seno, ¡la Virgen de la Leche sería suya al fin!



En una tienda cercana al hotel compró el sombrero y el maletín del tamaño perfecto. El uso obligado de gafas

oscuras debido al implacable sol ahora le sería de doble utilidad. Pasada la media tarde visitó la iglesia, intentando lucir como un turista más. Mientras fingía mirar cada detalle arquitectónico, iba contando la gente que deambulaba por el recinto. Apenas había cuatro personas: la distraída anciana del día anterior, dos turistas de apariencia deplorable y un señor con gorra encogido en un banco que, como él, no se descubrió la cabeza en el interior del templo. Se dirigió hacia la capilla de la Virgen. Allí estaba la hermosa tabla, como una novia que lo esperaba impaciente. Reconfirmó su certeza de la autenticidad y el valor potencial de la obra en el mercado del arte europeo. Tenía clientes buenos y discretos a quienes les podía interesar, era una venta segura que justificaba el riesgo que se estaba tomando.

Comenzó a incomodarle el oscuro personaje de la gorra que lo observaba con intermitencia desde el banco; si no se largaba pronto le arruinaría los planes. Ya se habían ido los dos turistas; contándolo a él, solo quedaban tres almas en las naves góticas. Entró en la capilla del Cristo para hacer tiempo. Cuando salió del oratorio, el hombre había desaparecido y la anciana continuaba enajenada en su mundo. Por fin el panorama estaba despejado, era el momento de actuar, pero no estaba decidido. El señor de la gorra lo había mirado con una intensidad inquietante, quizás lo podría identificar.



Dos días después, los principales periódicos de la isla notificaron del robo de la vieja pintura. Sor Josefa de León informó del hurto en la mañana del 26 de noviembre de 1972. Contó que esa noche había soñado que el templo se quemaba y despertó sobresaltada. Abrumada por un mal presentimiento, abrió como de costumbre las puertas de la iglesia, encontrando una de ellas sin su tranca. De inmediato

revisó cada rincón del edificio hasta descubrir el nicho vacío de la Virgen. El párroco intentaba consolar a la monja que sollozaba ante las grabadoras de los periodistas, mientras la policía acordonaba el recinto, rodeado de curiosos.